

DE BUENAS LETRAS

Bilingüismo

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Tengo el honor de ser bilingüe. Nací en Barcelona aunque hace ya cuarenta años que resido en Granada o su provincia. Mi madre era murciana; emigró a Barcelona en 1945. Mi padre nació en Barcelona, hijo de emigrantes aragoneses. En ambos casos, su lengua materna era el español. Mi padre empezó a hablar catalán en su adolescencia para relacionarse con sus amigos. Yo estuve en su mismo caso, pues me lancé a hablar catalán a los quince cuando me inicié en el montañismo con amigos catalanoparlantes. Soy capaz de expresarme en ambas lenguas, aunque mi literatura es en la que aprendí en mi casa.

Debo recordar que en España se hablan cuatro idiomas y unos cuantos dialectos. De entre esos cuatro, el español es la lengua franca, la común a todo el país. Esto de los cuatro idiomas y los dialectos es algo inherente a nuestro país y se acerca mucho a las leyes que nos rigen: a quien no le guste tiene dos opciones, tratar de cambiar el asunto pacíficamente o aceptarlo porque eso es lo que hay. Sin olvidar, claro está, que, excepto en la generalidad del español como lengua común, ninguna de las cuatro es superior ni inferior a las otras y to-

das merecen ser conservadas; ni siquiera los dialectos son más o menos cultos que las lenguas oficiales.

Vuelvo a la primera frase de este artículo: tengo el honor de ser bilingüe. Es un lugar común decir que quien habla dos idiomas desde pequeño tiene más facilidad para aprender otros. Es cierto, lo garantizo. De modo que reducir la enseñanza a una sola lengua es un error, y mucho más si esta, por muy materna que sea, es minoritaria. Supongo que el lector habrá adivinado dónde quiero ir a parar.

Recuerdo un alumno que me dijo, quejándose de sus malas notas en inglés y su nulo interés por aprender ni siquiera ese mínimo que se imparte en la secundaria obligatoria, que a él no le serviría de nada el inglés porque nunca iría a Inglaterra. Es difícil ser más cateto. Y no es un insulto, sino una definición.

Reducirse a sí mismo, y aún más ser reducido por las autoridades, es una barbaridad digna de país decimonónico. El conflicto no es de predominio de una lengua sobre otra, sino de afrontar el problema del fracaso escolar, por eso se reduce todo. Cualquiera día nos reducen jibáricamente la cabeza.